

LA PAPISA: SACERDOTISA DEL TAROT

El mundo va a cambiar menos por las decisiones del hombre que por las adivinaciones de la mujer.

Claude Bragadon

El arcano número dos del Tarot nos muestra una señora Papa de origen antiguo y misterioso (fig. 17). Históricamente no hubo nunca un Papa femenino, pero durante algunos siglos una mujer llamada «Papa Juan» disfrutó de vida en la imaginación del público. Disfrazada como un sacerdote, este personaje legendario fue ascendiendo los diferentes grados de las órdenes sagradas hasta convertirse en Papa. Nadie sospechaba por entonces que el «Papa Juan» fuera una mujer, hasta que un día este hecho se reveló de una manera un tanto embarazosa. ¡En medio de una procesión solemne, «Papa Juan» dio a luz una criatura!

Este cuento no está fundamentado en ningún hecho real pero, como todos los mitos, encubre una verdad interna tan obvia que es a menudo ignorada. La principal actividad creativa que distingue a Juan de Juana es el hecho relevante y revelador del nacimiento de un niño. Este arte por el que se hacen niños es el poder secreto de la mujer y también su pública debilidad.

Aunque el verdadero Papa Juan hubiera podido dominar vastos reinos espirituales y temporales, jamás hubiera podido realizar este milagro que se repite a diario. El hombre puede propagar y celebrar el Espíritu Divino, pero sólo a través de la mujer se encarna el espíritu. Es ella la que acoge la chispa divina en su vientre, la protege y alimenta y finalmente la hace realidad. Ella es el vehículo de transformación.

Desde el punto de vista masculino de la ley y el orden, este acto creativo de Juana puede aparecer como un desafortunado accidente que interrumpió la procesión civilizada. ¡Qué choque pudo ser el afrontar la cruel y sangrante realidad (el bebé llorón y los pañales) en medio de la pompa y la solemnidad! ¡Qué desconsiderada y antihigiénica la Naturaleza, que irrumpe de esta manera en una celebración del puro espíritu! Pero a pesar de que el hombre diga esto, ha de reconocer la tremenda importancia del poder de la mujer. «El espíritu puro» es pura tontería. Si a la inspiración alada no se la coge, se la trae a la tierra y se le hace tomar contacto con la realidad, se disipa sin meta ni propósito. Si no hay parto no hay procesión. Mientras el espíritu no toma realmente carne (no se encarna), su celebración papal podría carecer de sentido.

Así pues, aquí, sentada delante de nosotros en la carta número dos, hay una Mujer. A pesar de que se llame Papisa no es literalmente la mujer del Papa. Dado que en la serie

ella sigue al Mago, que es un hombre sacerdotalmente sabio o mago, podemos pensar que ella es la gran sacerdotisa, que es, de hecho, como la llaman algunas barajas modernas. El Mago representa el principio Yang o principio masculino creativo; la Papisa puede verse como símbolo del principio Yin, o aspecto femenino de la divinidad. Encarna las cualidades de Isis, de Ishtar y de Astarté, todas ellas diosas que reinaron sobre los rituales de los misterios de la mujer. En su aspecto espiritualizado aparece como la Virgen María y como So-fia, la Sabiduría Divina. Su número dos es un número sagrado para todas las divinidades femeninas.

La Papisa es sustancialmente una mujer más bien grande, sentada, posiblemente entronizada. Está vestida con traje ceremonial y la tiara de la Iglesia, lo cual representa el poder espiritual que está más allá de su persona individual. En sus manos sostiene un libro abierto, sin duda un libro sagrado, símbolo de la Divina Palabra. Quizá esté pensando en lo que acaba de leer, quizá sostiene el libro abierto para que nosotros también podamos ver La Palabra. .. Puede verse cómo empieza: «En el principio...». En algunas pinturas de la Anunciación la Virgen María está pintada en una postura semejante con un libro abierto, el libro de los Profetas, el cual predice su destino como portadora del Niño Dios. Aquí, en el Tarot, puede parecer que el libro tiene un significado similar, puesto que nos indica que es a través de la Papisa como el espíritu será «rea/-izado», será llevado a la realidad. Tradicionalmente, la mujer no hace la ley pero es el instrumento de su realización; no controla su destino, pero éste evolucionará tal y como fue escrito. Esta mujer no emprende ninguna acción para conocer su destino, pues la esencia de lo femenino es la receptividad. Ella no escoge, es escogida. A ella le sucederá lo que estaba escrito «en el principio...».

El yugo amarillo que vemos sobre el pecho de la Papisa parece indicarnos que acepta su destino con una paciencia semejante a la de los bueyes y que servirá al espíritu con humildad. Da relieve, a la vez, al tramo horizontal de la cruz, a la dimensión terrena de la realidad. Conecta la derecha con la izquierda, el consciente con el inconsciente, uniéndolos de modo práctico al sujetar el libro de las profecías; acepta la palabra con todo su ser. Se hace eco de este compromiso el velo blanco, que no es distinto del que llevan hoy en día algunas órdenes religiosas o las chicas que hacen su primera comunión. Usado en la Edad Media, el velo hoy en día sigue siendo símbolo de dedicación especial el Espíritu Santo. Oculta el cabello de la mujer, su «corona de

gloria», símbolo de atracción sexual y de poder de seducción. La Papisa lleva la cabeza cubierta por una tiara enjorada, lo que insinúa su atracción hacia una gloria más preciada que la del cabello mortal. Su forma nos recuerda a una colmena, lo que simboliza fertilidad sempiterna, organización instintiva y alimento lleno de poder vital. Su tiara triple nos muestra que su poder se manifiesta en los tres mundos: en el cielo, en la tierra y bajo el agua.

La triple tiara la conecta también con la bruja de tres caras llamada Hécate, una bruja del oscuro pre-Olimpo, figura con quien la Papisa tiene que compartir el dominio de los tres mundos. La dama de nuestro Tarot simboliza un refinamiento y espiritualización de la naturaleza instintiva muy alejada de la vengativa Recate, ya que la Papisa no está de ningún modo en una postura relajada en su trono. El panal que cubre su cabeza quiere recordarnos constantemente que, cuando se desbaratan los instintos, pueden atacarnos con agudos agujones envenenados, ya que protegen su miel celosamente. Detrás de la Papisa cuelga una gran cortina soportada por dos columnas que aparecen tímidamente a través del velo por el lado derecho y, debajo de su codo, por el lado izquierdo. Obviamente, está sentada a la entrada de algún lugar, quizá de un templo o de un santuario interior cuyos misterios guarda.

Se pueden apreciar las características misteriosas de la Papisa en comparación con el Mago. Él está dibujado al aire libre, todo lo que le rodea sugiere acción: la forma lemniscata de su sombrero, la varita que blande en el aire, la pequeña bola tan delicadamente sostenida entre el pulgar y el índice, así como los artilugios y herramientas que se exhiben sobre la mesa que tiene delante; todo sugiere acción. Está a punto de hacer algo. Incluso su cabello de oro que cae libremente por debajo de su sombrero parece estar vivo. Su actitud, con los pies algo separados, es la misma que la de un director de orquesta en su podio cuando está a punto de iniciar un concierto. Como un director de orquesta, el Mago no se queda quieto en el mismo lugar; cuando acabe esta actuación se trasladará a otro. Tampoco está ligado por las limitaciones del tiempo terrestre. La curva extravagante de su tocado le conecta con el infinito, indicándonos que su poseedor tiene acceso a la dimensión mágica del conocimiento impersonal que va más allá de las realidades mundanas del tiempo y del espacio.

No así la Papisa; ella está enraizada en el lugar, sentada pasivamente, inmóvil. Uno siente que ha estado allí desde siempre y que va a permanecer allí sentada hasta el

final de los siglos. Mientras el Mago tiene la varita que sugiere acción y experimentación, la tiara y su libro indican comprensión y tradición. Estos pilares o columnas le marcan la limitación de la dura realidad, en contraste con la libertad espacial de la que disfruta el Mago.

El poder del Mago es fuego: calor, brillo y resplandor del poder solar; el poder de la Papisa es agua: frío, oscuro, fluido, el poder de la luna. Él controla por la rapidez >de la fuerza, por el conocimiento y la idea; ella gobierna por la lenta persistencia, el amor y la paciencia femenina.

Los pilares repiten la dualidad expresada en el número dos de la Papisa. Su esencia es la paradoja. Ella lo abarca todo, abrazando ambas cosas, el bien y el mal, incluso la vida y la muerte. Ella, que es la madre de la vida, tiene que presidir también la muerte, 112

La Papisa: Sacerdotisa del Tarot

pues todo lo que vive en la carne tiene que morir en la carne. Sólo la ilimitada luz del espíritu puro es inmortal.

La magia del Mago, así como su sexo, se nos muestran visibles. La magia de la Papisa está velada y oculta como su cabello. ¿Está quizá oculta tras la cortina que tiene a su espalda o está escondida «bajo su sombrero»? ¿Quizá está enterrada bajo las aguas de su vientre? Dondequiera que se halle escondida, como el secreto de la mujer, como su naturaleza misma, queda oculta a la penetración de la conciencia masculina. A los pies de una estatua de Isis, en Sais, están inscritas las siguientes palabras: «Yo soy todo lo que ha sido, es y será. Ningún hombre mortal ha sido capaz de descubrir lo que se halla bajo mi velo». Suyo es el reino de la profunda experiencia interior; no es suyo el mundo del conocimiento externo.

Nos parece que el poder del Mago se halla bajo el control de su conciencia, que puede dominar «el tiro». Éste no es el caso de la Papisa. La naturaleza de su magia le queda oculta incluso a ella. Sucede en parte «a sus espaldas», como vemos en el dibujo. Ella es quien custodia el nacimiento y el renacimiento, pero no los controla.

En las culturas primitivas se pensaba en la mujer como en la única fuente de vida. Esto sucedía así puesto que la relación sexual no se entendía como causante del embarazo. El hombre no tenía ningún papel en el proceso de la concepción. Se veía como un intruso, más bien como una fuerza de destrucción para la naturaleza, como ejemplifica en la mitología la historia del rapto de Perséfone. Dado que el papel del hombre en el

proceso de la creación no se comprendía, toda mujer que se sabía embarazada se sentía misteriosa e inexplicablemente elegida por los dioses. Como le sucedió a María, el anuncio del hecho tenía que bajar ineludiblemente como una anunciación del cielo. El nacimiento de un niño era un misterio sagrado, era el misterio de la mujer. Los primeros recintos sagrados fueron los construidos para albergar el nacimiento de un niño; después se levantaron templos en estos lugares. El principio femenino encarnado en Isis, Ishtar, Astarté y después en María, se conectó no sólo con el nacimiento corporal sino con una nueva dimensión del conocimiento o de la sabiduría que trasciende la carne.

Hoy en día, a pesar de la pastilla anticonceptiva, de la educación sexual y de los movimientos de liberación de la mujer, el nacimiento de un niño sigue siendo, gracias a Dios, un misterio sagrado. La paternidad responsable es elegible, pero cada uno de los embarazos sucede (o no sucede) por la gracia de Dios. Toda futura madre, aun queriéndolo, ha de ser escogida por el destino para asumir este papel. El hecho milagroso en sí mismo es aún un misterio; es el misterio de la mujer, le sucede a ella. Para un hombre, el acto de la procreación sucede fuera de él, tanto física como psicológicamente. Un hombre puede engendrar una docena de hijos sin saberlo siquiera... Para una mujer la concepción, y el niño en sí mismo, sucede dentro de su cuerpo, en el mismo centro de su cuerpo. Desde el momento en que ha concebido, tanto si lo sabe como si no, la mujer está literalmente «con niño». Sea cual sea su actitud intelectual, en lo más profundo del inconsciente de cada mujer, el embarazo se experimenta todavía como un anuncio del destino; para ella, cada nacimiento es la recreación del Niño Divino.

Parece significativo que hoy en día la mujer empiece de nuevo a restablecer una conexión consciente con la experiencia del nacimiento de su niño. A través del parto sin dolor y de otras técnicas sin medicación, las mujeres son capaces de permanecer conscientes durante el momento del nacimiento de los hijos, de modo que se establezca una conexión emocional y espiritual con esta experiencia y participen conscientemente en este supremo acto de creación. Es más significativo aún el hecho de que a los padres, lejos de excluírseles de los «recintos sagrados», se les invite a presenciar el acontecimiento y a participar en el ritual para compartir la experiencia

como co-creadores. Por fin la creatividad femenina y el principio femenino (que durante tanto tiempo han sido negados en nuestra cultura) están entrando en posesión de lo que les es propio. El movimiento de liberación de la mujer se considera a veces como si no tuviera más meta que liberar a la mujer del esclavizante trabajo de la casa, así como de los prejuicios con respecto al hombre en otras áreas de la vida. De lo que se trata en la actualidad es de liberar a los dos, al hombre y a la mujer, de la esclavitud con la que se les somete a ambos al principio masculino; una regla que, debido a su largo período de implantación, ha llegado a ser tiranizante para los dos por igual. A su nivel más profundo, este movimiento no es una guerra entre los dos sexos sino más bien una batalla que se libra por parte de los dos para liberar a la Papisa del calabozo del inconsciente y para elevarla al lugar que le corresponde, que es el de co-gobernadora junto con el principio masculino. La revolución social y psicológica que está teniendo lugar en el presente puede considerarse como la actualización en términos humanos del dogma de la Asunción de la Virgen María, que fue proclamado como tal por la Iglesia Católica hace pocos años. Según la teología, la Virgen María tiene ahora un lugar seguro a la derecha de Dios Padre. Después de siglos de genuflexión espiritual ante el principio paterno (cosa tan común y dominante en nuestra cultura judeo-cristiana) le es difícil a la mujer, tanto como al hombre, conceder el mismo valor al principio femenino.

Uno de los problemas puede ser que el concepto de «iguales pero diferentes» sea algo muy difícil en nuestra sociedad competitiva, donde cada cosa, persona y lugar son computerizados al instante, evaluados y etiquetados. Podría ser que en nuestro esfuerzo por experimentar los dos sexos como iguales llegáramos a olvidar sus diferencias. Comprensiblemente, esta etapa de transición es capaz de confundir a cualquiera; parece que esto es más marcado entre aquellos de nosotros que fuimos educados en una época en la que las diferencias sexuales, aunque distorsionadas por la cultura, no estaban claramente definidas. No pasa así hoy en día. Simples amas de casa nos adelantan a zancadas y empujando en el supermercado; héroes del fútbol, que antaño lucían un esmerado equipo, posan hoy para la prensa con delantal de cocina y rizos. Más confusión producen aún los vestidos y uniformes que en la actualidad se llaman «unisex»; todos llevan cabello largo y téjanos y cada uno lleva a

hombros su propia mochila y su saco de dormir; casi no existe una clave para descifrar a qué sexo pertenece cada uno.

Quizá no merezcamos saber quién es quién o quizá no sea necesario, ya que cada uno ha comprendido bien lo que es la vida y sus necesidades. Podríamos compartir la admiración que por la tortuga siente Ogden Nash al decir que su sexo está encubierto de un modo similar. «Pienso que es lista, la tortuga, en este empeño por ser tan fértil.» Confiemos en que pronto aparecerá un destino «igual pero distinto» para el hombre y la mujer. Una de las maneras en que podemos ayudar a que esto suceda es experimentar más profunda y conscientemente el principio femenino tanto tiempo abandonado, e intentar observar de qué manera opera dentro de nosotros, tanto de los hombres como de las mujeres.

Como primer paso para ello vamos a clarificar nuestra terminología. Los términos masculino y femenino, tal como los usa Jung, no suponen la dicotomía psicológica entre hombre y mujer. Por eso, términos como «yin-yang» o bien «logos-eros» pueden ayudarnos, pues nos aclaran que lo que aquí tratamos son dos principios vitales que actúan a la vez en el hombre y en la mujer, y en la naturaleza. Sin embargo, es importante distinguir en nuestro lenguaje estas diferencias de sexo. El sexo es el paradigma de la experiencia humana para la realización de los opuestos y de su posterior trascendencia. A través de la «otredad» de la relación sexual experimentamos el poder dinámico de los opuestos en nuestras energías, y es a través del éxtasis de la reconciliación entre ambos como percibimos la totalidad de la trascendencia de la carne mortal.

Así pues, los términos masculino-femenino se utilizan aquí para señalar polos de energía positivos y negativos, cuya interacción dinámica propaga, motiva e ilumina nuestra vida. Por ejemplo: así como el cuerpo del hombre tiene sus características femeninas secundarias, su psique (su comportamiento y modales) se ve afectada por lo que Jung llamó el ánima, es decir, su así llamado «lado femenino». Cuando un hombre no es consciente de su ánima puede verse influido de una manera destructiva y ser dominado por ella. En cuanto se haga consciente de ella y de sus necesidades, ella puede inspirarle y conducirlo hacia su propia totalidad. En términos junguianos, la Papisa representaría para el hombre un gran desarrollo de su ánima. Ella es la que simbolizaría la figura arquetípica que le pone en contacto con el inconsciente colectivo.

Para una mujer, la Papisa puede ser una forma de Eros muy acentuada: simboliza la femineidad, un sí-misma espiritualmente desarrollado.

Las diversas facetas de la espiritualidad femenina no pueden encerrarse en palabras, ni tan siquiera en imágenes; he seleccionado, sin embargo, algunas ilustraciones que pueden aclarar y enriquecer el significado de esta carta. Quizá meditando sobre estas imágenes podamos conectar con la «magia lunar» que habita en nosotros mismos. Todos nosotros, hombres y mujeres, tenemos a nuestro alcance dentro de nosotros mismos los poderes tanto del Mago como de la Papisa. Si no tuviéramos estos dos polos interactuando en nosotros, no podría haber vida ni creatividad.

Una de las ilustraciones (fig. 18) nos muestra una estatua de alabastro de una antigua deidad lunar, símbolo de la fertilidad y de la reproducción, probablemente Astarté.

Representa una forma mucho más primitiva del principio femenino que la que hemos estado examinando; bajo los ropajes de la civilización, es la sangre de Astarté la que corre por las venas de la Papisa, así como por las nuestras. Estas deidades hembras eran diosas lunares debido a que se suponía que las fases de la luna eran las que controlaban el nacimiento, el crecimiento y la decadencia. Aún hoy en día, muchos «civilizados» campesinos consultan su almanaque antes de plantar las cosechas...

El poder lunar es muy sutil pero muy fuerte. Controla las poderosas mareas, ya que se decía que en Egipto las lágrimas de Isis gobernaban las aguas del Nilo. Comparándola con el sol, que es constante, predecible y brillante, la luna es inconstante, velada y oscura. La naturaleza de la mujer es lunar, cambiante como la luna, que lo mismo puede dar la vida que traer inundaciones o sequías, dependiendo sólo del capricho de la Gran Diosa.

Ambos sexos están sujetos a los caprichos de esta diosa, pero las mujeres, por simpatía, se dan cuenta más fácilmente de su influencia y se preparan para afrontarla. Los ciclos rítmicos de la menstruación, con los cambios de humor que los acompañan, ayudan a la mujer a esperar lo inesperado, así como a reconocer y a aceptar lo irracional como parte de la vida. El temperamento de la mujer, así como el de la diosa, está más relacionado con los ritmos de la naturaleza que con los sistemas de la lógica.

Para el hombre la situación es diferente tanto psicológica como fisiológicamente; se siente menos sintonizado que la mujer con el ir y venir de sus humores. Como resultado de ello, la diosa puede sorprenderle. Algunas veces parece usurparle su

personalidad entera, de modo que un hombre en este estado parece incluso hablar con voz de mujer, de una manera mujeril, irracional y algunas veces hasta histérica. Cabe imaginar fácilmente que la Deidad lunar que aparece en la figura 18 sea vengativa y brusca. ¡Mire profunda y conscientemente el principio femenino tanto tiempo abandonado, e intentar observar de qué manera opera dentro de nosotros, tanto de los hombres como de las mujeres.

Como primer paso para ello vamos a clarificar nuestra terminología. Los términos masculino y femenino, tal como los usa Jung, no suponen la dicotomía psicológica entre hombre y mujer. Por eso, términos como «yin-yang» o bien «logos-eros» pueden ayudarnos, pues nos aclaran que lo que aquí tratamos son dos principios vitales que actúan a la vez en el hombre y en la mujer, y en la naturaleza. Sin embargo, es importante distinguir en nuestro lenguaje estas diferencias de sexo. El sexo es el paradigma de la experiencia humana para la realización de los opuestos y de su posterior trascendencia. A través de la «otredad» de la relación sexual experimentamos el poder dinámico de los opuestos en nuestras energías, y es a través del éxtasis de la reconciliación entre ambos como percibimos la totalidad de la trascendencia de la carne mortal.

Así pues, los términos masculino-femenino se utilizan aquí para señalar polos de energía positivos y negativos, cuya interacción dinámica propaga, motiva e ilumina nuestra vida. Por ejemplo: así como el cuerpo del hombre tiene sus características femeninas secundarias, su psique (su comportamiento y modales) se ve afectada por lo que Jung llamó el ánima, es decir, su así llamado «lado femenino». Cuando un hombre no es consciente de su ánima puede verse influido de una manera destructiva y ser dominado por ella. En cuanto se haga consciente de ella y de sus necesidades, ella puede inspirarle y conducirlo hacia su propia totalidad. En términos junguianos, la Papisa representaría para el hombre un gran desarrollo de su ánima. Ella es la que simbolizaría la figura arquetípica que le pone en contacto con el inconsciente colectivo. Para una mujer, la Papisa puede ser una forma de Eros muy acentuada: simboliza la femineidad, un sí-misma espiritualmente desarrollado.

Las diversas facetas de la espiritualidad femenina no pueden encerrarse en palabras, ni tan siquiera en imágenes; he seleccionado, sin embargo, algunas ilustraciones que pueden aclarar y enriquecer el significado de esta carta. Quizá meditando sobre estas

imágenes podamos conectar con la «magia lunar» que habita en nosotros mismos. Todos nosotros, hombres y mujeres, tenemos a nuestro alcance dentro de nosotros mismos los poderes tanto del Mago como de la Papisa. Si no tuviéramos estos dos polos interactuando en nosotros, no podría haber vida ni creatividad.

Una de las ilustraciones (fig. 18) nos muestra una estatua de alabastro de una antigua deidad lunar, símbolo de la fertilidad y de la reproducción, probablemente Astarté. Representa una forma mucho más primitiva del principio femenino que la que hemos estado examinando; bajo los ropajes de la civilización, es la sangre de Astarté la que corre por las venas de la Papisa, así como por las nuestras. Estas deidades hembras eran diosas lunares debido a que se suponía que las fases de la luna eran las que controlaban el nacimiento, el crecimiento y la decadencia. Aún hoy en día, muchos «civilizados» campesinos consultan su almanaque antes de plantar las cosechas...

El poder lunar es muy sutil pero muy fuerte. Controla las poderosas mareas, ya que se decía que en Egipto las lágrimas de Isis gobernaban las aguas del Nilo. Comparándola con el sol, que es constante, predecible y brillante, la luna es inconstante, velada y oscura. La naturaleza de la mujer es lunar, cambiante como la luna, que lo mismo puede dar la vida que traer inundaciones o sequías, dependiendo sólo del capricho de la Gran Diosa. Ambos sexos están sujetos a los caprichos de esta diosa, pero las mujeres, por simpatía, se dan cuenta más fácilmente de su influencia y se preparan para afrontarla. Los ciclos rítmicos de la menstruación, con los cambios de humor que los acompañan, ayudan a la mujer a esperar lo inesperado, así como a reconocer y a aceptar lo irracional como parte de la vida. El temperamento de la mujer, así como el de la diosa, está más relacionado con los ritmos de la naturaleza que con los sistemas de la lógica.

Para el hombre la situación es diferente tanto psicológica como fisiológicamente; se siente menos sintonizado que la mujer con el ir y venir de sus humores. Como resultado de ello, la diosa puede sorprenderle. Algunas veces parece usurparle su personalidad entera, de modo que un hombre en este estado parece incluso hablar con voz de mujer, de una manera mujeril, irracional y algunas veces hasta histérica. Cabe imaginar fácilmente que la Deidad lunar que aparece en la figura 18 sea vengativa y brusca. ¡Mire esos ojos! Nótese también su «tercer ojo», situado no en su frente sino en su ombligo, en el vientre, el centro de todo.

El elemento con el que ella conecta es el agua. En la mayoría de los mitos sobre la creación, se describe el agua como el poder de recibir, producir y también es capaz de construir. Desde lo más profundo del océano, desde el interior de las rocas, surgió la creación y toda forma de vida. Desde lo más profundo del inconsciente surgió la conciencia. Así como el embrión individual se contiene y alimenta en el líquido amniótico, así toda entidad individual se contiene y alimenta en el profundo inconsciente de cada recién nacido. Es, pues, del inconsciente de donde nace la conciencia.

Simbólicamente, la mujer es agua: mar, mare, mer, mere, y Mary (madre y María). Su conexión con el agua se resalta en esta carta (fig. 19). La carta pertenece a un Tarot inglés del siglo XX; la versión de esta Papisa pertenece al Tarot de Waite, y la llaman La Gran Sacerdotisa. Aquí podemos ver cómo las vestiduras fluyen y se convierten en agua. Este arroyo, como la mujer, fluye por la línea de la mínima resistencia, adaptándose a los contornos de la tierra y recogiendo a su paso charcos y lagos que reflejan el cielo. La naturaleza femenina es reflectiva. A través de la inmersión en las profundidades de la mujer es como el hombre llega a conocerse a sí mismo. Buscando las imágenes del profundo inconsciente, nosotros nos conoceremos a nosotros mismos.

La duplicidad, la dualidad y la memoria pertenecen al lado femenino. Alan Watts, en su libro *Las dos manos de Dios*,<sup>1</sup> nos recuerda que, cuando Isis reunió los diferentes miembros del cuerpo de Osiris, lo que estaba haciendo literalmente era re-membrarlo. La remembranza no es solamente un acto mecánico como podría ser sacar una fotografía de un grupo; es básicamente un acto restaurador y creativo. Pues cuando recordamos a alguien, cuando lo recordamos, recreamos su imagen. A los añicos y piezas desparramados referentes a una persona o hecho añadimos una parte de nosotros mismos: un contenido emocional de nuestra propia experiencia. Así pues, al recordar a alguien creamos una nueva entidad. Traemos lo olvidado a una nueva plenitud, reinstaurándolo en el mundo colectivo.

El acto creativo de la memoria es un atributo especial del principio femenino. Está siempre coloreado por la emoción. De hecho, como nos recuerda Watts, la palabra inglesa «memoria» deriva de la del antiguo inglés «mourn», que significa lamentarse o afligirse. Es por la aflicción por lo que uno «se vuelve Electra». Esta habilidad de

conectar de manera creativa con sus emociones pertenece también a los hombres que están en contacto con su lado femenino; éste es el don particular de los poetas que nos ayudan a «llorar por Adonais».

Nuestra cultura occidental tiende a enfatizar el aspecto ligero y puro de la femineidad, por lo que resulta difícil en el arte europeo encontrar retratos de mujeres espirituales que estén «verdaderamente enraizadas en su cuerpo». Un ejemplo de ello es la Papisa, tal y como la pinta el Tarot de Waite. Esta baraja modernista inglesa fue diseñada bajo la dirección del erudito A. E. Waite y realizada por Pamela Smith, quien además creó decorados para las obras de Yeats. Esta mujer-Papa sufre cambios significativos. La sacerdotisa se dibuja como una bella mujer sentada, erguida y orgullosa. Las aguas a sus pies dan soporte a la luna creciente. Aunque está sentada entre las columnas del Templo de Salomón, apoyada contra los antiguos símbolos de la fertilidad, con un pergamino en el que se lee «Tora» en la falda y cubriendo su cabeza con la corona de Hathor, la mujer por sí misma es totalmente británica hasta la médula de los huesos. A pesar de lo complejo de la simbología que la rodea, o quizá precisamente por ello, me parece una figura carente totalmente de pasión, alejada de su entorno y desconectada de su cuerpo. ¡Cuan lejos está esta casta doncella post-victoriana de la figura de Astarté, la cual llevaba cuernos y aquel ojo en el ombligo además de los dos fogosos de la cara!

A esta sacerdotisa del siglo XX de Waite, que es bella y perfecta, le falta algo; comparándola con la Papisa que tenía un buen cuerpo de mujer y unos ojos llenos de sabiduría, esta joven parece pura e intacta, demasiado buena para ser verdad. Lo mismo le sucede a la Virgen María, a la que idealizan de modo que nos aparece carente de cuerpo y casi etérea. Desde que se proclamó el dogma de la Asunción, su cuerpo ha pasado a ser aceptable para el cielo y para nosotros. Quizá ha llegado ya el tiempo de que a la palabra «virgen» se le devuelva su fuerza original y su sentido.

En la actualidad hablamos de una virgen como de alguien sexualmente pura; originalmente, la palabra «virgen» no tenía nada que ver con la castidad física. «Virgen» significaba nada más que «mujer sin casar». Como escribe Esther Harding,<sup>2</sup> al no pertenecer a ningún hombre se pertenecía a sí misma de una forma especial. Era libre de darse a Dios; estaba físicamente disponible para el Espíritu Santo. Virginal en este sentido era el Oráculo de Delfos. No se trataba de un espíritu desencarnado

flotando entre pálidas gasas y ectoplasma. La Pitonisa era una diosa encarnada sólidamente en su cuerpo; ya que esperaba el impacto del Espíritu Santo, el recipiente tenía que ser sólido. En la novela de Par Lagerkvist «La Sibila» se nos relata muy bien lo que es «ser escogida» por Dios. Conviene leer este libro que fue galardonado con el premio Nobel en los años cincuenta, pues nos ampliará algunos aspectos de la Papisa. Dado que los poderes de la Papisa no se pueden describir tan sólo con palabras, un buen ejercicio para enriquecer la sensación de este aspecto arquetípico que tenemos en nosotros mismos es buscar distintas imágenes de la misma y analizar sus distintas cualidades, como he hecho yo misma con provecho. Otra técnica útil para conocerla es abordarla directamente, así quizá conoceremos su misteriosa figura. Si las estrellas y la situación son propicias, podréis sacar buen provecho de ello.

Para aclarar este método voy a transcribir una sustanciosa conversación que tuve con la Papisa recientemente a propósito del lugar número dos que ocupa en el Tarot. Yo me preguntaba si el hecho de ser la segunda la haría sentirse relegada a un segundo término. Sintiera lo que sintiese, observé que ahí estaba ella, sentada desde hacía siglos, inmóvil y serena, sabiendo todo lo que sabía y aparentemente segura de su sabiduría. ¿Cuál era su secreto? Al acercarme a su trono con esta pregunta, me pareció que se erguía imperceptiblemente a la vez que se protegía (como suelen hacer los introvertidos). Después de recogerse en sí misma, la dama se apercibió de mi presencia y con una graciosa inclinación de la cabeza me concedió una audiencia.

- Señora Papisa, muchas mujeres hoy en día sienten que usted debería ser el número Uno del Tarot, ¿está usted de acuerdo con ellas?

- ¡No, gracias! —replicó—. Durante siglos, el número uno ha pertenecido al Mago, le va perfectamente bien, ¿no crees? El número uno es delgado y ágil como su varita mágica y eso es ideal para el tipo de magia que él debe hacer. No serviría para acarrear un bebé ni para cocinar una buena sopa, ni tampoco para urdir una intriga. No, para mi magia, este número recordete del dos es justo lo que necesito y estoy muy contenta con él.

Después de esto, la dama se sumió en el silencio de la memoria. Mientras lo hacía, los años empezaron a borrarse de su rostro y empezó a brillar con la frescura del jardín del Edén.

¿Sabes? —me dijo ya con un ligero encogimiento de hombros y una sonrisa que recordaba a Eva—, el dos es un número particular, ¿no te parece? Quiero decir que es gordo y sustancioso como una olla, pero también es torcido y escurridizo como una serpiente.... Después de decir esto, cerró los ojos y retiróse con una pequeña sonrisa; parecía recordar... Levantándose poco después con un esfuerzo, pero con los ademanes de una Papisa, añadió:

- No hagas caso de esos freudianos, no comprenden a las serpientes. Hay muchas cosas que ellos no entienden de este astuto y endemoniado número dos. Si, estoy muy contenta con el lugar que ocupa la mujer —concluyó con un ligero carraspeo.

- Pero, ¿no preferiría usted ser la primera? —añadí yo.

Siguió una larga pausa.

- Infiero que lees de izquierda a derecha —dijo fijando su mirada un palmo más arriba de mi cabeza y con una profundidad de siglos.

- Pero, señora, independientemente de por qué lado se comience la lectura, cuando contamos el uno siempre va primero.

- De acuerdo, querida —dijo plácidamente—, y el número dos viene segundo. Las matemáticas fueron difíciles también para mí al principio, pero ya les cogerás el truco.

- Sea como sea, ¿no es mejor ser el primero?

- Oh, pobres de vosotros, el lío que os hacéis los modernos con esto de evaluarlo todo. No me extraña que hayáis inventado las calculadoras para que os ayuden.

- ¿Está usted en contra de la evaluación? ¿Piensa usted entonces que es lo mismo ser el primero que el segundo?

- Oh no, nada de eso, no es igual, es diferente, muy diferente, eso es precisamente lo importante; no es peor ni mejor, es diferente. Cada lugar tiene su sabor, como las especias o los perfumes. Me gusta pensar en nosotros como si fuésemos flores: el Mago sería un girasol y yo una rosa.

- Sí, pero aún hay un par de cosas que me preocupan: se dice que Eva fue creada como algo posterior, como si el Creador la hubiera hecho de segunda intención y para ello utilizó una costilla de Adán. ¿Es eso cierto?

- Tonterías. La costilla de Adán fue hecha incluso antes que él, pero él no se dio cuenta de que ella estaba allí hasta más tarde, eso es todo. Tengo por aquí una ilustración que cuenta toda la historia. En ella verás exactamente lo que pasó en el Paraíso con la Creación y lo que sigue sucediendo ahora. Sabes —dijo mientras buscaba la lámina entre los pliegues de su falda—, sabes que de alguna manera vosotros, criaturas, estáis aún atrapados en el Paraíso; vuestra creación no ha terminado todavía. Ése es un trabajo que vosotros, como todas las demás criaturas del Señor, tenéis que acabar por vosotros mismos... ¡Ah! —dijo— aquí está la lámina —y me enseñó la pintura que se reproduce en la fig. 20, perteneciente a William Blake—. Está claro que Eva no es la costilla de nadie. Es una diosa y, como hacen todos esos inmortales dioses, nació crecida, un nacimiento milagroso; detrás de ella surge su gloriosa serpiente. ¿No las encuentras bellas a las dos? Pero Adán duerme, no sabe que ella existe. Hoy empieza apenas a despertar a la realidad, pero aún sabe poco acerca de ella. Realmente, incluso Eva sabe poco acerca de sí misma, está poco convencida de su realidad. Si miras su cara te darás cuenta de que está atrapada como la Miranda de Shakespeare, considerando entre sueños los tesoros de este Mundo Feliz nuevo. Blake tituló esta pintura La hembra de su oscuridad surgió; muchos autores piensan que es «a pesar» de la oscuridad de Adán y no de la suya como Eva se las arregló para nacer. Acentúan «a pesar» al contar cómo Eva, la pobre, ha tenido que luchar todos estos años contra la inconsciencia de su hombre y ha tenido que soportar, durante tanto tiempo, las miradas malignas y rencorosas que éste le dedicaba. Eso no es lo que Blake pintó y yo discrepo con él. Blake dice que es por la oscuridad de Adán, e incluso desde esta oscuridad, como Eva fue. (Desearía que ella encontrara en su corazón un poco más de agradecimiento y no tanto rencor.)]Imagina, pues: suyo era el mundo de Jehová, con severos mandamientos y prohibiciones, y el Señor Adán era el heredero aparente. Fue solamente en la sombra y en la oscuridad de su sueño donde pudo encontrar un vientre que la concibiera y un espacio secreto para su crecimiento. Adán (bendito sea) guardó su oscuridad para ella y la alimentó con sus sueños. Él soñaba con ella constantemente y la deseaba. Fue precisamente por los sueños que él tenía de ella y por la necesidad de ella por lo que pudo llegar a ser. ¿Lo comprendes ahora? La Eva de sus sueños no tenía nada que ver con la Eva real. Al principio ninguno de los dos lo sabía; como ella había surgido de sus sueños, ella los encarnaba simplemente sin haber

encontrado todavía la esencia de sí-misma. Hoy en día, en cuanto ella descubra quién es realmente, él descubrirá nuevos sueños por soñar, hasta que un día su sueño se hará realidad y entonces verás. Sus primeros sueños fueron inadecuados, no hay duda; sucede a menudo con los primeros, pero son la semilla de la realidad, querida. No lo olvides nunca.

Por unos momentos, la Papisa y yo permanecemos en silencio pensando en los sueños de Adán; de repente, me dijo:

- No te preocupes por lo que nos dicen cuando están despiertos, nos alimentan con sus sueños y desean vivamente que seamos realidad. ¡No te olvides de esto nunca!

Después de una pausa, mientras yo estaba intentando no olvidar lo que tenía que recordar, la Dama me miró de nuevo y dijo:

-Creo que tenías una segunda pregunta. —Sí —respondí—; se trata de la luna y del sol. Se dice que la luna es una luz de segundo orden, simplemente el reflejo del poder del sol, de su gloria, y que no tiene esencia ni divinidad por sí misma. ¿Quépiensa usted de esto?

- Querida mía —dijo la Papisa agitando su mano—, quien dice tal cosa no es una mujer, seguramente. Por suerte, tengo aquí algo que va a ayudarte a entenderlo. —Sacó entonces un grabado (fig. 21) de su voluminoso manto—. Es un grabado de Rafael en el que podemos ver cómo El Todopoderoso está creando las dos Grandes Luminarias. Puedes ver por ti misma cómo las hizo las dos a la vez, una con cada mano, el sol y la luna al mismo tiempo. »No, toda la pregunta referente a ser primero o segundo carece totalmente de importancia. El dos es el número de todo lo vivo; el uno solo no puede hacer nada. Incluso el Creador necesitó los dos antes de poder empezar algo. Hay otro retrato de Él en el que se demuestra claramente lo que te digo; es «Dios creando el Universo» de Blake (fig. 11). Ahí podemos ver al Creador, con barba, que tiene en su mano un compás mientras su brazo sale de la Gran Circunferencia del Cielo. Está pintando el círculo microcósmico a imagen y semejanza del círculo macrocósmico; para hacerlo, incluso Él necesitó usar los dos brazos del compás, uno para fijar y estabilizar el centro de este círculo y el otro para describir su circunferencia. Sí, incluso el Todopoderoso hubiera sido incapaz de hacerlo sólo con un brazo. Para hacer un todo, se necesitan los dos... se necesitan los dos.